

suarte mandara traer por la batalla para socorro de los caballeros que menester los hobiesen, é cuando vió al del yelmo dorado en tierra, dijo contra los otros doncelles que en otros caballos estaban: «Quiero socorrer con este caballo á aquel buen caballero; que no puedo facer mayor servicio al Rey.» E luego se metió á gran peligro por donde era la menos gente, é llegó á él é dijole: «Yo no sé quién vos sois; mas por lo que he visto vos trayo este caballo.» El lo tomó é cabalgó en él, é dijole paso: «Ay amigo Durin! este no es el primer servicio que tú me feciste.» Durin lo trabó del brazo é dijo: «No vos dejaré fasta que me digais quién sois.» Y él se abajó lo mas que pudo é dijole: «Yo soy Amadís, é no lo sepa de tí ninguno sino aquella que tú sabes.» E luego se fué donde vió la mayor priesa, haciendo cosas extrañas é maravillosas en armas, como las ficiera si su señora estuviera delante; que así lo tenía, estándolo aquel que muy bien gelo sabría contar. El rey Lisuarte, que se combatia con el rey Arábigo, dióle con la su buena espada tales tres golpes, que no lo osó mas atender; que, como sabía que aquel era el cabo y el caudillo de sus enemigos, puso todas sus fuerzas por le ferir, y retrájose detrás de los suyos, maldiciendo á Arcalaus el encantador, que á aquella tierra le hizo venir, esforzándole que gela haria ganar. Don Galaor se feria con Sarmadan, un valiente caballero, é como el brazo traía cansado de los golpes que diera, é la espada no cortaba, trabó con sus muy duros brazos, é sacándolo de la silla, dió con él en tierra, é cayó sobre el pescuezo; así que, luego fué muerto. E dígovos de Amadís que membrándose aquella hora del perdido tiempo que en Gaula estuvo, y de cómo su hora fué tan aviltada y menoscabada, y que aquello no se podía cobrar sino con lo contrario, hizo tales cosas, que ya no fallaba quien delante se le osase parar; é iban teniendo con él su padre, é don Florestan, é Agrájes, é don Galvanes, é Brian de Monjaste, é Norandel, é Guilan el cuidador, y el rey Lisuarte, que muy bravo aquella hora se mostraba. Así que, tantos derribaron de los contrarios, é tanto los estrecharon é pusieron en pavor, que no lo pudiendo sufrir, é habiendo visto al rey Arábigo ir huyendo ferido, desamparando el campo, se metieron en huida, trabajando de se acoger á las barcas, é otros á las sierras que cerca tenían. Mas el rey Lisuarte é los suyos los iban firiendo é matando muy cruelmente, é los de las armas de las sierpes delante todos, que no los dejaban; y todos los mas se acogian á una fusta con el rey Arábigo, é á las otras que podian alcanzar; mas muchos morieron en el agua é otros fueron presos.

A esta sazón que la batalla se venció era ya noche cerrada, y el rey Lisuarte se tornó á las tiendas de sus enemigos, é allí albergó aquella noche, con muy gran alegría del vencimiento que Dios le habia dado; mas los caballeros de las armas de las sierpes, como vieron el campo despachado y que no quedaba defensa ninguna, desviáronse todos tres del camino por donde cuidaban que el Rey tornaría, y metiéronse debajo de unos árboles, donde fallaron una fuente, é allí descabalgaron y bebieron del agua, é sus caballos, que mucho menester lo habian, segun lo que trabajaran aquel

dia; y queriendo cabalgar para se ir, vieron venir un escudero en un rocín, é poniéndose los yelmos porque los no conociese, lo llamaron encobiertamente. El escudero dudaba, pensando ser de los enemigos; mas como las armas de las sierpes les vió, sin ningún recelo se llegó á ellos, é Amadís le dijo: «Buen escudero, decid nuestro mensaje al Rey, si vos ploguiere.—Decid lo que os ploguiere, dijo él; que yo gelo diré.—Pues decidle, dijo él, que los caballeros de las armas de las sierpes, que en su batalla nos hallamos, le pedimos por merced que nos no culpe porque le no vemos, porque nos conviene de andar muy léjos de aquí á extraña tierra, é nos poner á mesura y merced de quien no creemos que la habrá de nosotros; y que le rogamos que la parte del despojo que á nosotros daria lo mande dar á las doncellas de la torre por el daño que les ficieron; y llevalde este caballo, que tomé á un doncel suyo en la batalla; que no queremos dél otro galardón mas deste que decimos.» El escudero tomó el caballo y se partió dellos, y se fué al Rey para gelo decir; y ellos cabalgaron é andovieron tanto fasta que llegaron á su albergue, que en la floresta tenían; é despues de ser desarmados é lavados sus rostros é manos de la sangre y del polvo, y reparando sus heridas como mejor podieron, cenaron, que muy bien guisado lo tenían, é acostáronse en sus lechos, donde con mucho reposo dormieron aquella noche. El rey Lisuarte, como fué tornado á las tiendas de sus enemigos, siendo ya todos ellos destruidos, preguntó por los tres caballeros de las armas de las sierpes, mas no falló quien otra cosa le dijese, sino que los vieran ir á mas andar hácia la floresta. El Rey dijo á don Galaor: «¿Por ventura sería aquel del yelmo dorado vuestro hermano Amadís, que segun lo que él fizo, no podia ser otorgado á otro sino á él?—Creed, Señor, dijo Galaor, que no es él, porque no pasan cuatro dias que dél sope nuevas que está en Gaula con su padre é con don Florestan, su hermano.—¿Santa María! dijo el Rey, ¿quién será?—No sé, dijo don Galaor; pero quienquier que sea, Dios le dé buena ventura; que á grande afán y peligro ganó honra y prez sobre todos.» Estando en esto, llegó el escudero é dijo al Rey todo lo que le mandaron, é mucho le pesó cuando le dijo que iban á tal peligro como ya oistes. Mas si Amadís lo dijo burlando, muy de verdad salió, como adelante se dirá. Así que, los hombres siempre deberían dar buenas noticias é fados en sus cosas; y el caballo que el escudero llevaba cayó delante del Rey, muerto de las grandes heridas que tenia. Aquella noche albergaron don Galaor é Agrájes é otros muchos de sus amigos en la tienda de Arcalaus, que muy rica y hermosa era, en la cual fallaron broslada de seda la batalla que con Amadís hobo, é cómo lo encantó, é otras que habia fecho. Otro dia luego el Rey partió el despojo por todos los suyos, é dió gran parte á las doncellas de la torre; é dando licencia á los que quisiesen á sus tierras ir con los otros, se fué á una su villa que Gandapa habia nombre, donde la Reina é su hija estaban. El placer que de sí hobieron no es de contar, pues que cada uno, segun lo pasado, puede pensar qué tal sería.

CAPITULO VII.

Cómo los caballeros de las armas de las sierpes embarcaron para su reino de Gaula, é la fortuna los echó donde por engaño fueron puestos en gran peligro de la vida, en poder de Arcalaus el encantador; y de cómo delibrados de allí, embarcaron, tornando su viaje, é don Galaor é Norandel vinieron acaso el mesmo camino, buscando aventuras, y de lo que les caeció.

Algunos dias folgaron en aquella floresta el rey Perion é sus hijos, é como el tiempo bueno y enderezado viesan, metiéronse luego á la mar en su galea, pensando ser en breve en Gaula; mas de otra guisa les avino, que aquel viento fué presto trocado, é fizo embrovecer la mar. Así que, por fuerza les convino tornar á la Gran Bretaña, no á la parte donde ante estaban, sino á otra mas desviada; y llegaron la galea al pié de una montaña, que tocaba con la mar, en cabo de cinco dias de tormenta, é ficieron sacar sus caballos y armas por andar por aquella tierra en tanto que la mar asesegase y les viniese mas enderezado viento, é sus hombres metiesen agua dulce en la galea, que les habia faltado; y desde hobieron comido armáense y cabalgaron, y entraron por la tierra, por donde habian aportado, y mandaron á los de la galea que los atendiesen, é llevaron tres escuderos consigo; pero Gandalin no iba allí, porque era muy conocido. Así como ois subieron por un valle, encima del cual fallaron un llano, é no andovieron mucho por él, que fallaron cabe una fuente una doncella, que á su palafren á beber daba, vestida ricamente, y encima una capa de escarlata, que con hebillas é ojales de oro se abrochaba, y dos escuderos y dos doncellas con ella, que le traian falcones é canes, con que cazaba; é como ella los vió, conociólos luego en las armas de las sierpes, é fué, haciendo grande alegría, contra ellos, é como llegó, saluólos con mucha homildad, haciendo señas que era muda. Ellos la saluaron, y parecióles muy hermosa, é hobieron mancilla que fuese muda. Ella se llegaba al del yelmo dorado, é abrazábalo y quería besar las manos; é cuando así una pieza estovó, convidábalos por señas que fuesen aquella noche sus huéspedes en un su castillo, mas ellos no le entendian. Ella fizo seña á sus escuderos que gelo declarasen, é así lo ficieron. Ellos, viendo aquella buena voluntad y que era ya muy tarde, fuéronse con ella á salva fe, y no andovieron mucho, que llegaron á un hermoso castillo, teniendo á la doncella por muy rica, pues que dél era señora; y entrando en él, fallaron gentes que los recibieron homildosamente, y otras dueñas y doncellas, que todas acataban á la muda como á señora; luego les tomaron los caballos, é subieron á ellos á una rica cámara, que sería veinte codos en alto de la tierra, é faciéndolos desarmar, les trajeron ricos mantos que cobriesen; y desde hobieron hablado con la muda y con las otras doncellas, trajéronles de cenar é fueron muy bien servidos, y ellas se fueron á sus aposentamientos; mas no tardó mucho que luego volvieron con muchas candelas é instrumentos acordados para les dar placer, é cuando fué tiempo de dormir dejáronlos é fuéronse. En aquella cámara habia tres camas muy ricas, que la doncella muda mandara hacer, é posieronles sus armas cabe cada cama. Ellos se acostaron é dor-

mieron asesegadamente, como aquellos que trabajados é fatigados andaban, é aunque sus espíritus reposaban, no lo hacian sus vidas, segun en el peligroso lazo en que metidos eran, que con mucha causa se puede comparar á las cosas deste mundo; que sabed que aquella cámara era fecha por una muy engañosa arte, que toda ella se sostenía sobre un estello de fierro hecho como husillo de lagar, cerrado en otro de madera que en medio de la cámara estaba, é podíase abajar é alzar por debajo, trayendo una palanca de hierro al derredor; que la cámara no llegaba á pared ninguna; así que, cuando á la mañana despertaron falláronse en hondón otros veinte codos que en alto estaban cuando en ella entraron.

A esta doncella muda hermosa podemos comparar el mundo en que vivimos, que pareciéndonos hermoso, sin boca, sin lengua, falagándonos, lisonjándonos, nos convida con muchos deleites é placeres, con los cuales, sin recelo alguno siguiéndole, nos abrazamos, y perdiendo de nuestras memorias las angustias é tribulaciones que por albergue dellos se nos aparejan, despues de los haber seguido y tratado, echámonos á dormir con muy reposado sueño, é cuando despertamos, siendo ya pasados de la vida á la muerte, aunque con mas razón se debria decir de la muerte á la vida, por ser perdurable, hallámonos en tan gran hondura, que ya apartada de nos aquella gran piedad del muy alto Señor, no nos queda redención alguna; é si estos caballeros la hobieron, fué por ser aun en esta vida, donde ninguno, por malo, por pecador que sea, debe perder la esperanza del perdón tanto que, dejando las malas obras, siga las que son conformes al servicio de aquel Señor que gelo dar puede.

Pues tornando á los tres caballeros, cuando fueron despiertos é no vieron señal ninguna de claridad, y sentian cómo la gente del castillo sobre ellos andaba, mucho se maravillaron, y levantáronse de los lechos, é buscando á tienta la puerta y las finiestras, falláronlas; pero metiendo las manos por ellas, topaban en el muro del castillo; así que, luego conocieron que eran traídos á engaño. Estando con gran pesar de se ver en tal peligro, pareció suso á una finiestra de la cámara un caballero grande y membrudo, y el rostro habia medroso, y en la barba é cabeza mas cabellos blancos que negros, y vestía paños de duelo, y en la mano diestra tenia una lua de paño blanco que al codo le llegaba, é dijo á una voz alta: «¿Quién yace allá dentro, que mal seais albergados? Que, segun el gran pesar que me habeis fecho, así fallaréis la mesura y merced, que serán muy crueles é amargas muertes, é aun con esto no seré vengado, segun lo que de vos recibí en la batalla del falso rey Lisuarte. Sabed que yo soy Arcalaus el encantador; si me nunca vistes, agora me conoced; que nunca ninguno me hizo pesar que dél no me vengase, si no es de uno solo, que aun yo cuido tener donde vos estáis, y cortarle las manos por esta que él me cortó, si yo ante no muero.» E la doncella que cabe él estaba dijo: «Buen tio, aquel mancebo que allí está es el que traía el yelmo dorado.» Y tendió la mano contra Amadís. Cuando ellos esto vieron, que aquel era Arcalaus, fueron en gran pavor de

muerte, é por extraña cosa tovieron ver hablar á la doncella muda que los allí trajera; é sabed que esta doncella se llamaba Dinarda, y era hija de Ardan Canileo, y era muy sutil en las maldades, é viniera á aquella tierra por facer por algun arte matar á Amadís, é por eso se facia muda. Arcalaus les dijo: «Caballeros, yo vos haré ante mí tajar las cabezas, y enviarlas he al rey Arábigo, en alguna emienda de lo que le deservistes.» E tiróse de la finiestra, é mandóla cerrar, é quedó la cámara tan oscura, que no se veían unos á otros. El rey Perion les dijo: «Mis buenos hijos, esto en que somos nos muestra las grandes mudanzas de la fortuna. ¿Quién podiera pensar que, siendo escapados de una tal batalla, do tantos caballeros, donde tantos peligros pasamos, con tanta fama, con tanta gloria, que por una flaca doncella sin lengua é sin habla engañados de tal forma fuésemos? Por cierto, maravillosa cosa pareceria á aquellos que en las mundanales, perecederas cosas ponen su esperanza, sin se les acordar cuán poco valen y en cuán poco deben ser tenidas; pero á nosotros, que muchas veces por la experiencia lo hemos ensayado, no se nos debe hacer extraño ni grave, porque siendo nuestro principal oficio buscar las aventuras, así las buenas como las contrarias, conviene de las tomar como vinieren, é poniendo nuestras fuerzas en el remedio dellas, lo restante donde ellas no bastaren dejarlo á aquel alto Señor en quien el poder es entero; así que, mis hijos, dejando aparte el gran dolor que la humanidad nos acarrea de haber vosotros de mí, é yo mas de vosotros, á él dejemos que como mas su servicio sea ponga el remedio.»

Los hijos, que en mas tenían la piedad del padre que la afrenta ni peligro en que estaban, cuando aquel tan gran esfuerzo en él sintieron, mucho fueron alegres, é fincados los hinojos, le besaron las manos, y él les echó su bendición. Así como ois pasaron aquel día sin comer é sin beber, y desde Arcalaus cenó é pasó ya parte de la noche, vino á la finiestra donde ellos estaban con dos hachas encendidas, é Dinarda é dos hombres ancianos con él, é mandóla abrir, é dijo: «Vos, caballeros que allá yaceis, cuido que comeríades, si toviédeses qué.—De grado, dijo don Florestan, si nos lo mandádeses dar.» El dijo: «Si en voluntad lo tengo, Dios me la quite; pero porque del todo no quedéis desconsolados, en emienda de la comida os quiero decir unas nuevas. Sabed cómo agora, despues que fué noche, vinieron á la puerta del castillo dos escuderos é un enano, que preguntaban por los caballeros de las armas de las sierpes, é mandélos prender y echar en una prision que ende debajo teneis. Destos sabré mañana quién sois, ó los haré cortar miembro á miembro.» Sabed que esto que Arcalaus les dijo era así verdad; que los de la galea, viendo que tardaban y tenían el tiempo enderezado para navegar, acordaron que los buscasen. Gandalin y el Enano é Orfeo el repostero del Rey, é á estos tenían en la prision, como es dicho. Mucho les pesó al Rey é á sus hijos destas nuevas, porque muy peligrosas eran. Amadís respondió á Arcalaus, diciendo: «Bien cierto soy yo que despues que sepais quién somos que nos no faréis tanto mal como ante; porque, como vos seais caba-

llero é hayais pasado por muchas cosas, no ternéis á mal lo que nosotros hecimos en ayudar á nuestros amigos sin ninguna fealdad, é así lo ficiéramos siendo de vuestra parte; é si alguna bondad en nosotros hobo, por eso debriamos ser en mas tenidos y hecha mas honra, lo cual al contrario dentro en la batalla merecíamos; mas teniéndonos así presos é tratarnos de tal manera, no haceis en ello cortesía.—¿Quién se posiere con vos en disputa sobre eso! dijo Arcalaus; la honra que vos yo faré será la que haria á Amadís de Gaula si hi lo toviese, que es el hombre del mundo que yo peor quiero y de quien mas me querria vengar.» Dinarda dijo: «Tío, como quiera que las cabezas destes enviéis al rey Arábigo, entre tanto no los mateis de hambre; sostenedles la vida, porque con ella mayor pena sostengan.—Pues que así os parece, sobrina, dijo él, yo lo faré.» E dijoles entonces: «Caballeros, decidme en vuestra fe cuál vos aqueja mas, la hambre ó la sed.—Pues que hemos de decir verdad, dijeron ellos, aunque el comer era mas conveniente primero, la sed nos aqueja mucho.» Entonces dijo Arcalaus á la doncella: «Sobrina, echadles una empanada de tocino, porque no digan que no acorro á su menester.» Y fué de allí, é todos los otros. Aquella doncella vió á Amadís tan apuesto, é sabiendo las grandes caballerías que en la batalla hiciera, era mucho movida á piedad dél é de los otros; é luego puso en un cesto un barril de agua é otro de vino é la empanada, é colgándolo por una cuerda, gelo dió, diciendo: «Tomad esto y tenedme poridad; que si yo puedo, no lo pasaréis mal.» Amadís gelo gradecié mucho, y ella se fué. Con aquello cenaron, é acostáronse en sus camas, é mandaron á sus escuderos, que allí con ellos estaban, que toviesen las armas en tal parte donde las fallasen; que si de hambre no morían, de otra manera ellos venderian bien sus vidas.

Gandalin é Orfeo y el Enano fueron metidos en la prision que era de yuso de aquel sobrado donde sus señores estaban, é hallaron hi una dueña é dos caballeros; el uno, que era su marido é ya de dias, y el otro su hijo, asaz mancebo; é habia un año que allí estaban, é hablando unos con otros, dijo Gandalin cómo viniendo en busca de los tres caballeros de las armas de las sierpes, los habian prendido. «¿Santa María! dijo el caballero, sabed que esos que decís fueron en este castillo muy bien recibidos, y estando dormiendo, entraron aquí cuatro hombres, é trayendo á derredor esta palanca de hierro que aquí veis, bajaron con ella este sobrado; así que, han recibido gran traicion.» Gandalin, que muy avisado era, entendió luego que su señor é los otros estaban allí, y el peligro grande de muerte en que estaban, é dijo: «Pues que así es, trabajemos nos de lo subir suso; si no, ellos ni nosotros nunca saldremos de aquí; é creed que si ellos se salvan, que nosotros serémos libres.» Entonces el caballero é su hijo de una parte, é Gandalin é Orfeo de la otra, comenzaron á rodear la palanca; así que, el sobrado comenzó luego á subir, y el rey Perion, que no dormia sosegado, mas con cuita de sus hijos que de sí, sintiólo luego y despertólos, é dijoles: «¿Veis cómo el sobrado se alza no sé por cuál razon?» Amadís dijo: «Sea por

cualquiera, que morir como caballeros ó como ladrones gran diferencia es.» E luego saltaron de los lechos, é ficeron á sus escuderos que los armasen, y esperaron qué seria aquello; mas el sobrado fué alzado, á gran afán de los que lo sobian, tanto como era menester; y el rey Perion é sus hijos, que á la puerta estaban, vieron por entre las tablas la claridad, é conocieron que por allí habían entrado; é trabaron della todos tres tan fuerte, que la derribaron é salieron al muro, donde eran los veladores con tan gran coraje é braveza, que maravilla era, é comenzaron á matar é derribar del muro cuanto fallaban, é decir: «Gaula, Gaula; que nuestro es el castillo.» Arcalaus, que le oyó, fué muy espantado, é cuidando que traicion era de alguno de los suyos, que allí habia traído sus enemigos, fuyó desnudo á una torre é subió consigo el escalera, que andadiza era; é no se temia de los presos; que aquellos á buen recaudo, á su parecer, estaban; é asomándose á una finiestra, vió á los de las armas de las sierpes andar por el castillo á gran priesa, é aunque lo conoció, no osó salir ni bajar á ellos; mas de las voces, diciéndo á los suyos que les no temiesen, que no eran mas de tres hombres. Algunos de los suyos, que abajo posaban, comenzáronse á armar; mas los tres caballeros, que ya el muro habían de los veladores delibrado, bajaron luego á ellos, que los oyeron, y en poca de hora los pararon tales, así muertos como heridos, que ninguno pareció ante ellos. Los que estaban en la cárcel, que oyeron lo que se hacia, dieron voces que los acorriesen. Amadís conoció la voz de su enano, que este y la dueña habían mas temor; é fueron luego para los sacar, é así lo ficeron, que á gran fuerza quebrantaron las armellas é abrieron la puerta, por donde salieron, é buscando por las casas bajas que al corral salían, hallaron los caballos suyos é de sus señores é otros de Arcalaus, que dieron al caballero é á su hijo, é un palafren de Dinarda para la dueña, é sacáronlos todos fuera del castillo, é cuando fueron á caballo mandó el Rey poner fuego á las casas que dentro eran, é comenzó á arder tan bravamente, que todo parecia una llama; é el fuego era grande, que daba en la torre. El Enano decia á grandes voces: «Señor Arcalaus, recibid en paciencia ese fumo, como yo lo facia cuando me colgastes por la pierna al tiempo que fecistes la gran traicion á Amadís.» Mucho se pagó el Rey de cómo el Enano deshonoraba á Arcalaus, é mucho reían todos en ver que aquel era el cabo de su esfuerzo.

Entonces se fueron por el camino que allí vinieran á la galea, é subiendo una sierra, vieron las grandes llamas del castillo é las voces de la gente, de manera que hobieron placer; así andovieron fasta ser en el monte alto. Entonces esclareció el día, é vieron ayuso en la ribera la su galea, é fueron para allá y entraron dentro, desarmándose para folgar. La dueña cuando al Rey vió desarmado fuésele hincar de hinojos delante, y él la conoció é levantóla por la mano, abrazándola de buen talante, que la mucho amaba, é la dueña dijo al Rey: «Señor, ¿cuál de aquellos es Amadís?» El le dijo: «Aquel del gambax verde.» Entonces se fué á él, é fincando los hinojos, le quiso besar el pié; mas él la levantó é hobo vergüenza de aquello. La dueña se le

fizo conocer, diciéndole cómo ella era aquella que en la mar lo echara al tiempo que nació por salvar la vida de su madre, y que le demandaba perdon. Amadís le dijo: «Dueña, agora sé lo que nunca sope; que aunque de mi amo Gandáles habia sabido cómo me falló en el mar, no sabia por qué causa fué, é yo vos perdono lo que me no errastes, pues lo que se hizo fué por servicio de aquella á quien yo toda mi vida tengo de servir.» El Rey folgó mucho en hablar de aquel tiempo, y estovo riendo con ellos gran pieza, é así fueron por la mar adelante mucho alegres de sus aventuras fasta que llegaron en el reino de Gaula. Arcalaus, como ya oistes, estaba en la torre desnudo, donde se acogiera, é como la llama daba en la puerta, nunca pudo decender; el fumo é la calor eran tan demasiados, que no se podia valer ni darse ningun remedio, aunque se metió en una covada; pero allí era el fumo tan espeso, que le puso en gran cuita. Así estovo dos dias, que ninguno en el castillo pudo entrar: tanto era el fuego grande; mas al tercero día entraron sin peligro é subieron á la torre é hallaron á Arcalaus tan desacordado, que estaba ya para le salir el alma, y echándole del agua por la boca, le hicieron acordar, mas á gran trabajo suyo; é tomáronle en sus brazos para le llevar á la villa, é como vió el castillo quemado é todo muy destrozado, dijo sospirando y con gran dolor de su corazón: «Ay Amadís de Gaula! cuánto daño por tí me viene; si te yo puedo haber, yo faré en tí tantas crueldades, que mi corazón sea vengado de cuantos daños de tí recibidos tengo; é por tu causa juro y prometo de nunca dar la vida á caballero que tome, porque si en mis manos cayeres no escapes dellas, como agora lo feciste.» El estuvo en la villa cuatro dias por tomar alguna recreacion, é poniéndose en unas andas con siete caballeros que lo guardasen, se partió para el su castillo de Montealdin, é Dinarda la muy hermosa, é otra doncella con él.

Esa noche dormieron en casa de un su amigo, é otro día habian de llegar al su castillo, é siendo ya pasadas las dos partes del día que iban por su camino, vieron ir por la falda de una floresta dos caballeros que cabe una fuente que allí era habían holgado, y iban muy ricamente armados é cabalgaban muy apuesto, é como vieron las andas é los caballeros, atendieron por saber qué cosa era; y ellos así estando, llegóse Dinarda á Arcalaus é dijo: «Buen tío, védes allí dos caballeros extraños.» Él levantó la cabeza, é cómo los vió, llamó á los suyos é dijoles: «Tomad vuestras armas é traedme aquellos caballeros, no les diciendo quién soy; é si se defendieren, traedme sus cabezas.» E sabed que los caballeros era don Galaor é su compañero Norandel. E los caballeros de Arcalaus les dijeron, llegando á ellos, que dejasen las armas é fuesen á mandado del que en las andas venia. «En el nombre de Dios, dijo Galaor, é ¿quién es ese que lo manda, ó qué va á él que vamos armados ó desarmados?—No sabemos, dijeron ellos, mas conviene que lo fagais, ó llevaremos vuestras cabezas.—Aun no estamos en tal punto, dijo Norandel, que lo facer podais.—Agora lo veréis,» dijeron ellos. Entonces se fueron ferir, y de los primeros encuentros cayeron los dos dellos en el suelo heridos de muerte,

pero los otros quebraron en ellos sus lanzas, é no los movieron de las sillas, é luego posieron mano á sus espadas é hobieron entre sí una esquivá é cruel batalla; mas en fin, siendo los tres dellos derribados y mal feridos, los dos que quedaran no osaron atender aquellos mortales golpes, é fuéronse por la floresta al mas correr de sus caballos. Los dos compañeros no los siguieron, antes fueron luego á saber quién en las andas venia, é cuando llegaron, toda la otra compañía que con Arcalaus estaba echaron á fuir, sino dos hombres, en sendos rocines, é alzaron el paño é dijeron: «Don caballero, que Dios maldiga, ¿así tratais los caballeros que van por el camino seguros? Si fuédeses armado, haceros-híamos conocer que sois malo é falso á Dios é al mundo, y pues que sois doliente, enviarnos hemos á don Grumedan que os juzgue y dé la pena que mereceis.»

Arcalaus cuando esto oyó fué muy espantado, que bien via, si don Grumedan le viese, que su muerte era llegada; é como era sutil en todas las cosas, respondió haciendo buen semblante, é dijo: «Cierto, Señor, est vos me enviar á don Grumedan, mi primo é mi señor, mucha merced me haceis, que él sabe muy bien mi maldad é mi bondad; pero, téngome por mal aventurado de ser quejosos de mí contra razon, ni mi pensamiento es sino de servir á todos los caballeros andantes; é ruégoos, señores, por cortesía que me oyais mi desventura, y despues faced de mí lo que vuestra voluntad fuere.» Como ellos oyeron decir que era primo de don Grumedan, á quien ellos tanto amaban, pesóles por las palabras deshonestas que le habían dicho, é dijéronle: «Agora decid; que de grado ós oírémós.» El dijo: «Sabed, señores, que yo cabalgaba un día armado por la floresta de la Laguna Negra, en la cual hallé una dueña que se me quejó de un tuerto que le hacian, é yo fui con ella, é fícele alcanzar su derecho ante el conde Guncestre, y tornándome á un mi castillo, no andove mucho que encontré con aquel caballero que allí matastes, que Dios maldiga, que era muy perverso hombre, é con otros dos caballeros que consigo traia, é por haber de mí aquel castillo acometiome, é yo cuando esto vi enderecé mi lanza é fuéme para ellos, é fícele mi poder, defendiéndome, mas fui vencido é preso, é tóvome en un castillo suyo un año, é si alguna honra me fizo, fué curarme destas llagas.» Entonces gelas mostró, que muchas tenia; que él era valiente caballero, é había dado é recibido muchas. «E como yo desesperado fuese, acordé, por salir de su prision, de le entregar el castillo; pero estaba tan flaco, que me no pudo traer sino en estas andas; é yo tenia pensado de me ir luego á don Grumedan, mi primo, é al rey Lisuarte, mi señor, y demandar justicia de aquel traidor que me tenia robado; lo cual, señores, me parece que sin lo yo pedir partistes mejor que lo yo pensaba; é si allí no hallase remedio, buscar á Amadís de Gaula ó á su hermano don Galaor, é pedirles que, habiendo piedad de mí, me posiesen el remedio que á todos los que agravio reciben ponen; é la causa por qué aquellos traidores os acometieron fué, porque no sopiédeses de mí, que en estas andas venia, la razon que os he dicho.» Cuando esto oyeron pensa-

ron de todo en todo que verdad decia, y demandándole perdon por las palabras deshonestas que le habían dicho, le preguntaron cómo había nombre. Él dijo: «A mí llaman Granfiles; no sé si de mí habeis noticia. — Si he, dijo don Galaor, é sé que faceis mucha honra á todos los caballeros andantes, segun me ha dicho vuestro primo. — A Dios merced, dijo él, que ya por eso me conoceis; é pues que sabeis mi nombre, mucho vos ruego por mesura que os quiteis los yelmos é me digais vuestro nombre.» Galaor le dijo: «Sabed que este caballero ha nombre Norandel, y es fijo del rey Lisuarte, é yo he nombre don Galaor, hermano de Amadís.» E quitáronse los yelmos. «A Dios merced, dijo Arcalaus, que de tales caballeros fui sotornado.» Et mirando mucho á don Galaor por le conocer para le dañar si la dicha gelo pusiese en poder, dijo: «Yo fio en Dios, señores, que un tiempo verná que la ventura os ponga en parte donde el deseo que yo contra vos tengo se pueda satisfacer, é ruégoos que me digais lo que faga. — Lo que vuestra voluntad sea,» dijeron ellos. Él dijo: «Pues yo quiero andar fasta llegar á mi castillo. — Dios os guie,» dijeron ellos. Así se partió luego á tal hora que era noche cerrada, pero facia luna clara, é como traspuso un recuesto, dejó aquel camino é tomó otro mas encobierto que él sabia.

Los dos caballeros acordaron que, pues sus caballos eran cansados é la noche sobrevenida, que folgasesen en aquella fuente. «Pues así vos parece, dijo el escudero de don Galaor, aun mejor albergue se os apareja de lo que pensais. — ¿Cómo es eso? dijo Norandel. — Sabed, dijo él, que en aquel edificio antiguo, entre aquellos zarzales, se escondieron dos doncellas que venian con el caballero de las andas.» Entonces se apearon de los caballos cabe la fuente é lavaron sus rostros é manos, é fuéronse donde las doncellas estaban, y entraron por unos logares estrechos; é dijo don Galaor á una voz alta: «¿Quién está aquí escondido? Dame acá fuego; que yo los faré salir.» Dinarda cuando esto oyó hobo miedo, é dijo: «Ay señor caballero! merced, que yo saldré fuera. — Pues salid, dijo él, é veré quién sois. — Ayudadme, dijo ella; que de otra guisa no podré salir.» Galaor se allegó, y ella tendió los brazos, que con la luna se parecian, y él la tomó por las manos é sacóla de donde estaba, é pagóse tanto della, que no viera otra que tan bien le pareciese, y ella tenia saya de escarlata é capa de jamete blanco. E Norandel sacó la otra, é lleváronlas á la fuente, donde con mucho placer cenaron de lo que sus escuderos traian é de lo que fallaron en un rocín de Arcalaus. Dinarda estaba con miedo que Galaor sabia cómo ella metiera en la prision á su padre y hermanos, é había gana que se pagase della é quisiese su amor, el cual fasta entonces á ninguno había dado, é por esto siempre le miraba con ojos amorosos, é hacia señas á su doncella, loando la gran hermosura dél. Todo esto con pensamiento que si aquello con ella pasase, que despues no sería tal que la mal quisiese facer; pero Galaor, que, segun su maña, en aquel caso no tenia el pensamiento sino cómo á su grado della por amiga la podiese haber, no tardó en haber el conocimiento que ella tenia mucho; así que, despues de la cena, dejando á Norandel con la doncella, él se fué con Dinarda, ha-

blando por entre las mátas de la floresta, é íbala abrazando, y ella echábele los brazos al cuello, mostrándole mucho amor, aunque le desamaba, como algunas lo suelen hacer, ó por miedo ó por codicia de interese mas que por contentamiento; donde se siguió que aquella que fasta allí, requerida de muchos, por guardar su honestidad, deseándolos por amigos, los desechara, aquel su enemigo, queriéndolo la su contraria fortuna, teniéndolo ella por merced, de doncella en dueña la tornó.

Norandel, que con la doncella quedara, afinóla mucho que le diese su amor, porque estaba della pagado; mas ella le dijo: «Por fuerza podeis hacer vuestra voluntad; pero por la mia no será si mi señora Dinarda no lo manda.» Norandel dijo: «¿Esta es Dinarda, la fija de Ardan Canileo, que nos dicen que es venida á esta tierra por haber consejo con Arcalaus el encantador para vengar la muerte de su padre? — No sé la causa de su venida, dijo ella, mas esta es la que decis, y creed que es bienaventurado el caballero que su amor alcanzó, porque es mujer de todos codiciada mas que otra y requerida, pero hasta agora no la pudo ninguno haber.» En esto estando, llegaron á ellos Galaor é Dinarda, que mucho habían folgado; no entrambos, antes digo que en mayor grado era la tristeza della que el placer dél; é Norandel tomó á don Galaor aparte é díjole: «¿No sabeis quién es esta doncella? — No mas de lo que vos, dijo él. — Pues sabed que esta es Dinarda, hija de Ardan Canileo, aquella que os dijo vuestra prima Mabilia que viniera á esta tierra por buscar por alguna arte la muerte á Amadís.» Don Galaor estovo cuidando é dijo: «De su corazón no sé nada mas de lo que parece mucho muestra que me ama; por cosa del mundo la haria mal; que es la mujer de cuantas yo vi que mas me ha contentado, é no la quiero partir por agora de mí; é pues que á Gaula vamos, yo terné manera cómo con alguna emienda que Amadís le faga della sea perdonado.» En tanto que ellos fablaban, estovo Dinarda con su doncella, é sopo cómo no quisiera consentir en el ruego de Norandel, é cómo la había descubierto, de que mucho le pesó, é dijo: «Amiga, en tales tiempos es menester la discrecion para negar nuestras voluntades; que de otra guisa seríamos en gran peligro; ruégoos que fagais mandado de aquel caballero, é mostrémosles amor hasta que veamos tiempo de ser dellos partidas.» Ella dijo que así lo faria. Don Galaor é Norandel, desde que una pieza fablaron, tornáronse á las doncellas, y estovieron parte de la noche hablando é jugando con ellas en risa é placer; entonces, tomando cada uno la suya, se acostaron en camas de yerba, que los escuderos habían hecho, é allí dormieron é folgaron toda aquella noche. Don Galaor preguntó entonces á Dinarda cómo había por nombre aquel caballero malo que los queria matar, é decíalo por el que matara, y entendió que por el de las andas, é díjole: «¿Cómo! ¿no supistes al allegar de las andas que era Arcalaus, é los que desbaratastes suyos eran? — ¿Es cierto, dijo don Galaor, que aquel era Arcalaus? — Sí, verdaderamente, dijo ella. — Oh santa Maria! dijo él, cómo escapó de la muerte con tales solitezas.»

Quando Dinarda oyó que lo no habían muerto fué la

mas alegre del mundo, pero no lo mostró, é dijo: «Hora fué que pusiera yo mi vida por la suya, mas agora, que soy en vuestro amor é en la merced y mesura, quisiera que fuera de mala muerte muerto, porque sé que os desama en mucho grado, é lo que él os desea, é á vuestro linaje, á Dios plega que presto sobre él caya.» E abrazándose con él, le mostraba todo el amor que podia. Así como ois albergó aquella noche, y venido el día, armáronse é tomaron sus amigas é sus escuderos, que les llevaban las armas, é fuéronse la via de Gaula á entrar en la mar. Arcalaus llegó á la media noche á su castillo, con gran espanto de lo que le aviniera, é mandó cerrar las puertas, y que persona no entrase sin su mandado, é fizose curar con intencion de ser peor que no de ante, é hacer mayores males que de antes, como facen los malos, que aunque Dios en ellos espira, no quieren ni desean ser desatados de aquellas fuertes cadenas que el enemigo malo les tiene echadas; antes con ellas son llevados al fondo del infierno, como se debe creer que este malo lo fué. Don Galaor é Norandel é sus amigas andovieron dos dias contra un puerto para pasar en Gaula, é al tercero dia llegaron á un castillo, en el cual acordaron de albergar, é fallando la puerta abierta, metiéronse dentro sin fallar persona alguna; mas luego salió de un palacio un caballero, que era el señor del castillo, é cuando dentro los vió, fizo mal semblante contra los suyos porque dejaran la puerta abierta, mas hizolo bueno contra los caballeros é recibíolos muy bien, é fizoles facer mucha honra, pero contra su voluntad; porque este caballero había nombre Ambádes, y era primo de Arcalaus el encantador, é conoció á Dinarda, que era su sobrina, é sopo della cómo la traian forzada; é la madre deste Ambádes lloró con ella encobiertamente, é quisiera hacerlos matar; mas Dinarda dijo: «No entre en vos ni en mi tío tal locura.» Entonces les contó cómo desbarataran á los siete caballeros de Arcalaus é todo lo que con él pasaron, é dijo: «Señora, haceldes honra, que son muy esforzados caballeros, é á la mañana yo é mi doncella quedarémos zagueros, y como ellos salieren, echen la puerta colgadiza, é así quedarémos en salvo.» Esto así concertado con Ambádes é su madre, dieron de cenar á don Galaor é á Norandel é á sus escuderos, é buenas camas en que dormiesen. E Ambádes no dormió en toda la noche, tanto estaba espantado en tener tales hombres en su castillo. E como fué la mañana, levantóse é armóse; é fuése á sus huéspedes é dijo: «Señores, quiero faceros compañía é mostraros el camino; que este es mi oficio, andar armado buscando las aventuras. — Huésped, dijo don Galaor, mucho os lo agradecemos.»

Entonces se armaron é fícieron cabalgar á sus amigas en sus palafrenes, é salieron del castillo; mas el huésped é las doncellas quedaron atrás, é como ellos é sus escuderos eran fuera, echaron la puerta colgadiza; de manera que el engaño hobo efeto. Ambádes decendió del caballo con mucho placer, é subióse al muro, é vió los caballeros que aguardaban si verian alguno para les pedir las doncellas, é dijo: «Idvos, malos huéspedes é falsos, á quien Dios confunda y dé mala noche, como á mí la vosotros distes; que las dueñas que gozar pensáades conmigo quedan.» Don Galaor le dijo: «Huésped, ¿qué es eso que decis? No seréis vos tal que, ha-

biéndonos fecho en esta vuestra casa tanto servicio é placer, en la fin fagáis tan gran deslealtad en nos tomar vuestras dueñas por fuerza. — Si así fuese, dijo él, mas placer habria, porque el enojo seria mayor; mas de su grado las tomé, porque andaban forzadas con sus enemigos. — Pues parezcan ellas, dijo Galaor, é verémos si es así como decís. — Facerlo he, dijo él, no por os dar placer, mas porque veais cuán aborrecidos dellas sois. — Entonces se puso Dinarda en el muro, é don Galaor le dijo: «Dinarda, mi señora, ese caballero dice que quedais aquí de vuestro grado; yo no lo puedo creer, según el gran amor que es entre nosotros.» Dinarda dijo: «Si yo os mostré amor, fué con sobrado miedo que tenia; pero sabiendo vos ser yo fija de Ardan Canileo, é vos hermano de Amadís, ¿cómo se podia hacer que os amase, especialmente en me querer llevar á Gaula en poder de mis enemigos? — Los, don Galaor, y si algo por vos fice, no me lo gradezcáis ni se os acuerde de mí sino como de enemiga. — Agora quedad, dijo Galaor, con la mala ventura que Dios os dé; que de tal raíz como Arcalaus no podia salir sino tal pimpollo.» Norandel, que muy sañudo estaba, dijo contra su amiga: «E vos ¿qué faréis? — La voluntad de mi señora, dijo ella. — Dios confunda su voluntad, dijo él, y la dese mal hombre, que así nos engañó. — Si yo soy malo, dijo Ambádes, aun no sois tales vosotros que me toviere por honrado de vencer tales dos hombres. — Si tú eres caballero, como te alabas, dijo Norandel, sal fuera y combátete conmigo, yo á pié y tú á caballo, é si me matas, cree que quitas un enemigo mortal de Arcalaus, é si te yo venciere danos las doncellas. — ¿Cómo eres necio! dijo Ambádes; á entrambos no tengo en nada; pues ¿qué faré á tí solo á pié, estando yo á caballo? Y en eso que dices de Arcalaus, mi señor, por tales veinte como tú ni como ese otro tu compañero no daria él una paja.» E tomando un arco turquí, les comenzó á tirar con flechas. Ellos se tiraron afuera y tornaron al camino que de antes iban, hablando cómo la maldad de Arcalaus alcanzaba á todos los de su linaje, é riendo mucho uno con otro de la respuesta de Dinarda y de su huésped, y de la gran saña de Norandel, y de cómo el huésped estando á salvo, en cuán poco la tenia. Así andovieron tres dias, albergando en poblados é á su placer; é al cuarto dia llegaron á una villa que era puerto de mar, que habia nombre Alfial, é hallaron dos barcas que pasaban á Gaula, y entrando en ellas, aportaron sin entrevale alguno donde era el rey Perion é Amadís é Florestan.

Así acació, que estando Amadís en Gaula aderezando para se partir á buscar las aventuras por emendar é cobrar el tiempo que en tanto menoscabo de su honra allí estuvo, continuando cada dia de cabalgar por la ribera de la mar, mirando la Gran Bretaña, que allí eran sus deseos y todo su bien, andando un dia él é don Florestan paseando, vieron venir las barcas, y fueron allá por saber nuevas, y llegando á la ribera, venian ya don Galaor y Norandel en un batel por salir en tierra. Amadís conoció á su hermano, é dijo: «¡Santa María! aquel es nuestro hermano don Galaor; él sea muy bien venido.» E dijo á don Florestan: «¿Conoceis vos el otro que con él viene? — Sí, dijo él; aquel es Norandel, hijo del

rey Lisuarte, compañero de don Galaor; é sabed que es muy buen caballero, é por tal en la batalla se mostró que con su padre hobimos en la insola de Mongaza; pero entonces no era conocido por su hijo fasta agora, cuando fué la gran batalla de los siete reyes, que al Rey plugo que se divulgase por la bondad que en sí tiene.» Mucho fué alegre Amadís con él por ser hermano de su señora, que sabia que lo ella amaba, según Durin gelo habia dicho. En esto llegaron los caballeros á la ribera é salieron en tierra, donde fallaron á Amadís é Florestan apeados, que los recibieron é abrazaron muchas veces; é dándoles palafrenes, se fueron al rey Perion, que queria cabalgar para los recibir; é cuando á él llegaron quisieronle besar las manos, mas el Rey no las dió á Norandel, antes lo abrazó é hizo mucha honra, é llevólos á la Reina, donde no recibieron menos. Amadís, como ya vos dije, tenia aderezado para partir de allí al cuarto dia, é un dia antes habló con el Rey é con sus hermanos, diciéndoles cómo le convenia partirse dellos, é que otro dia entraria en su camino. El Rey le dijo: «Mí hijo, Dios sabe la soledad que dello yo siento, pero ni por eso seré en vos estorbar, que vayais á ganar honra é prez, como siempre lo hecistes.» Don Galaor dijo: «Señor hermano, si no fuese por una demanda, de que con derecho no nos podemos partir, en que Norandel é yo somos metidos, facervos-hiamos compañía; pero conviene que la acabemos, ó pase primero un año é un dia, como es costumbre de la Gran Bretaña.» El Rey le dijo: «Hijo ¿qué demanda es esa? ¿puedese saber? — Sí, Señor, dijo él, que públicamente la prometimos, y es esta. Sabed, Señor, que en la batalla que hobimos con los siete reyes de las insolas fueron de la parte del rey Lisuarte tres caballeros con unas armas de sierpes de una manera, mas los yelmos eran diferentes, que el uno era blanco y el otro cárdeno y el otro dorado; estos hicieron maravillas en armas, tanto, que todos somos maravillados; en especial el que traia el yelmo dorado, que á la bondad deste no creo que ninguno se podria igualar. Ciertamente se cree que si por estos no fuera, que el rey Lisuarte no hobiera la victoria que hobo; é como la batalla fué vencida, partieron todos tres del campo tan encobiertos, que no podieron ser conocidos; é por lo que dellos se habla hemos prometido de los buscar é conocer.» El Rey dijo: «Aquí nos han dicho desos caballeros, é Dios vos dé dellos buenas nuevas.»

Así pasaron aquel dia hasta la noche, é Amadís apartó á su padre é á don Florestan, é dijole: «Señor, yo me quiero partir de mañana, é paréceme que despues de ido yo, se debe decir á don Galaor la verdad desto en que anda, porque su trabajo en vano seria; que si por nosotros no, por otro ninguno le puede saber, é mostradle las armas, que bien las conocerá. — Bien decís, dijo el Rey, é así se hará.» Esa noche estovieron con la Reina é su fija é con muchas dueñas é doncellas suyas folgando con gran placer; mas todas sentian gran soledad de Amadís, que se queria ir, é no sabian dónde. Pues despedido de todas ellas, se fueron á dormir, é otro dia oyeron todos misa, é salieron con Amadís, que iba armado en su caballo, é Gandalin y el Enano, sin otro alguno, que le hacian compañía, al cual dió la

Reina tanto haber, que por un año bastase á su señor. Don Florestan le rogó muy afincadamente que lo llevase consigo, mas no lo pudo con él acabar por dos cosas: la una por ser mas desembargado para pensar en su señora, é la otra porque las cosas de grandes afrentas por que él esperaba pasar, pasándolas solo, así solo la muerte ó la gloria alcanzase. E cuanto una legua andovieron, despidióse Amadís dellos, entrando en su camino, y el Rey é sus hijos se volvieron á la villa, donde habló aparte con don Galaor, su hijo, é con Norandel, é dijoles: «Vosotros sois metidos en una demanda, que si aquí no, en todo el mundo no fallaríades recaudo della; de lo cual dó gracias á Dios, que á esta parte os guió, por vos haber quitado de gran trabajo sin provecho. Agora sabed que los tres caballeros de las armas de las sierpes que demandais, somos yo é Amadís é don Florestan; é yo llevaba el yelmo blanco, é don Florestan el cárdeno, é Amadís el dorado, con que hizo las grandes extrañezas que vistes.» E contóle el concierto que para aquella ida tovieron, é cómo Urganda les enjic las armas. «E porque enteramente lo creais, tengais vuestra ventura por acabada, venid conmigo.» E llevándolos á otra cámara de las armas, les mostró las de las sierpes, por muchas partes de grandes golpes horadadas, las cuales fueron muy bien dellos conocidas, porque mucho en la batalla las miraron, algunas veces placiéndoles ser en su ayuda, y otras habiendo grande envidia de lo que sus señores facian con ellas. Don Galaor dijo: «Señor, mucha merced nos ha hecho Dios é vos en nos quitar deste afan, porque nuestro pensamiento era de con todas vuestras fuerzas buscar los caballeros de estas armas, é si no nos cayeran en parte que sin gran vergüenza no nos podiéramos de su enojo partir, de combatirnos con ellos fasta la muerte, é dar á entender á todos que aunque allí en lo general mas que todos hicieron, que en lo particular de otra manera se juzgara, ó morir sobrello. — Mejor lo ha fecho Dios, dijo el Rey, por su merced.» Norandel le demandó aquellas armas con afinamiento, mas con mucha mas gravedad por el Rey le fueron otorgadas. Entonces les contó el Rey cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é por cuál aventura fueron della salidos. A Galaor le vinieron las lágrimas á los ojos, habiendo duelo de tan gran peligro, é contó lo que les aviniera á él é á Norandel con Arcalaus, é cómo llamándose Granfiles se les habia escapado, é todo lo que con Dinarda pasaron, é cómo se les quedó en el castillo, é lo que con Ambádes, el huésped, les conteció.

Así estovieron allí catorce dias folgando, y despedidos del Rey é la Reina, entraron en una barca, llevando consigo aquellas armas de las sierpes; con buen tiempo pasaron en la Gran Bretaña, y llegados á la villa donde el rey Lisuarte é la Reina eran, desarmándose en su posada, se fueron al palacio por mostrarle cómo su demanda habian acabado; é llevaron consigo las armas de las sierpes, é fueron bien recibidos del Rey y de todos los de la corte. Galaor dijo al Rey: «Señor, si os pluguiere mandarnos oír ante la Reina. — Sí,» dijo él. E fueron luego á su aposentamiento, é todos con ellos por ver lo que traian; la Reina hobó placer con su venida, y ellos le besaron las manos. Galaor dijo: «Se-

ñores, ya sabeis cómo Norandel é yo salimos de aquí con demanda de buscar los tres caballeros de las armas de las sierpes que en vuestra batalla é servicio fueron, y loado Dios, sin trabajo cumplido lo hemos, así como Norandel lo mostrará.» Entonces Norandel tomó en sus manos el yelmo blanco é dijo: «Señor, este yelmo ¿bien lo conoceis? — Sí, dijo él, que muchas veces lo vi donde yo verle deseaba. — Pues este traje en la cabeza el rey Perion, que mucho os ama.» E luego tomó el cárdeno é dijo: «Veis el que traje don Florestan.» E sacando el dorado, dijo: «Veis, Señor, este, que tanto en vuestro servicio hizo, cual ninguno otro facer pudiera, traje Amadís. Si yo digo verdad en ello ó no, vos sois el mejor testigo; que muchas veces entre ellos os fallastes, ellos gozando de la fama, é vos del vencimiento.» E contóles cómo vinieran el rey Perion é sus hijos encobiertos á la batalla, é por cuál razon despues se habian ido sin que los conociesen; é cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é de cómo salieron quemando el castillo, é cómo lo fallaron en las andas él é don Galaor, é cómo se les escapara llamándose Granfiles, primo de don Grumedan; de lo cual mucho con él, que allí presente estaba, se reian, y él con ellos, diciendo que muy alegre era en haber fallado tal deudo, de que no sabia. El Rey preguntó mucho por el rey Perion, é Norandel le dijo: «Creed, Señor, que en el mundo no hay rey de tanta tierra como él tiene, que su igual sea. — Pues no se perderá nada, dijo don Grumedan, por sus hijos.» El Rey calló por no loar á Galaor, que estaba presente, ni á los otros, de que muy poco por entonces se pagaba; pero mandó poner las armas en el arco de cristal de su palacio, donde otras de hombres famosos eran puestas. Don Galaor é Norandel fablaron con Oriana é con Mabilia, é dijéronles las saludes y encomiendas de la reina Elisena y de su fija; é por ellas fueron con gran amor recibidas, como aquellas que las mucho amaban; é hobieron gran pesar en que les dijeron que Amadís se iba solo á tierras extrañas de diversos lenguajes á buscar las aventuras mas fuertes y peligrosas. Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó hablando con sus caballeros en muchas cosas.

CAPITULO VIII.

Aquí cuenta de Esplandian cómo estaba en compañía de Nasciano el ermitaño, é de cómo Amadís, su padre, se fué á buscar aventuras, mudado el nombre en el caballero de la Verde Espada, é de las grandes venturas que hobo.

Habiendo Esplandian cuatro años que naciera, Nasciano el ermitaño envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; é viólo tan fermoso, que fué maravillado, é antiguándolo, lo llegó á sí, y el niño lo abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, é quedando allí un hijo que de la leche criara á Esplandian; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita, de que el santo hombre era muy alegre, é daba gracias á Dios porque habia querido guardar tal criatura. Pues así acació, que siendo Esplandian cansado de folgar, echóse á dormir debajo de un árbol, é la leona que ya oistes que algunas veces venia al ermitaño, y él le daba de comer cuan-